
Hibridación y refundación en la arquitectura: parámetros de una paradójica relación desde el concepto de autonomía

ALBERTO RUBIO GARRIDO

Introducción

Tal y como oportunamente se señala en el *call for papers*, la arquitectura tiene que enfrentarse hoy a unos «profundos cambios físicos, sociales y culturales» que obligan a renovar el espíritu crítico en aras de formular nuevas alternativas. Síntomas de una confusión generalizada, muchos son los intentos que la arquitectura ha emprendido estas últimas décadas para resituarse en el mundo actual. Cuestiones como la «arquitectura participativa» o la implementación de los nuevos medios de representación computacional constituyen, sin lugar a dudas, nuevos retos que exigen una urgente respuesta crítica. Se podría, de hecho, extender estas contemporáneas dudas a muchos otros ámbitos. Recuérdese la eterna pregunta por el habitar, la polémica relación con la historia, la problemática relación con otras disciplinas o núcleos de poder del entorno y un largo etcétera. Lo cierto es que hoy parece imperar un cierto desconcierto en la disciplina, la profesión y la enseñanza de la arquitectura.

Luego, en tanto que foro, estas jornadas científicas se presentan como una excepcional ocasión para compartir los resultados de esfuerzos individuales diseminados,

a la par que ha de asumir de antemano que hoy parece imperar una suerte de polifonía en la arquitectura -que afecta por fuerza a la profesión, a la docencia y a la investigación-. Dicho esto, sin dejar que cunda el desaliento, estas jornadas apuntan hacia posibles vectores de desarrollo. Se insiste en la necesidad de «abrirse hacia otras disciplinas afines» o «refundar la propia disciplina» como un «doble y simultáneo movimiento», requisito previo para todo posicionamiento frente a las mentadas disyuntivas particulares. Ambas, a poco que nos acerquemos con un mínimo de perspectiva, parten antes que nada de la íntima conciencia de la necesidad de un cambio. Y he aquí que nos topamos de nuevo con un dilema difícil de solventar. Desde la más temprana modernidad, cambio es sinónimo de lo nuevo. Pero en la arquitectura, lo nuevo ha de afrontar una muy particular condición, a saber, la imposibilidad de desprenderse radicalmente de su pasado. En efecto, en tanto que arte ineludiblemente social, la arquitectura es al tiempo real y transformadora de lo real. Esta, de partida, paradójica diatriba es consustancial a la idea misma de modernidad en la arquitectura y todo empeño en persistir en ella ha de afrontarla en su crudeza.

Apoyándonos en la obra teórica de Theodor W. Adorno, defenderemos en la presente contribución que las dos propuestas que se nos plantean en la convocatoria del congreso -a saber: la hibridación y la refundación de la arquitectura- remiten en cualquier caso a un único y muy problemático dilema que ya afloraba implícitamente en la dialéctica de lo nuevo antes aludida: la relación de la arquitectura con el concepto moderno de autonomía.

La «hibridación» en la arquitectura

Derivado de la concepción de la innovación en tanto que 'mejora de algo a tal grado que parezca nuevo', lo

nuevo que debe abordarse en estas jornadas -sugiere el *call for papers*- atañe tanto 'las nuevas situaciones' como 'las nuevas condiciones del proyecto arquitectónico y urbano' o las 'nuevas temáticas y líneas de investigación'. O lo que es lo mismo, la investigación en la arquitectura ha de atender y fomentar respectivamente los cambios sucedidos en la realidad arquitectónica, en la práctica arquitectónica y en la teoría arquitectónica. Luego, las preguntas que desde estas premisas se desprenden están sujetas a una muy inestable condición según la cual el referente, el referido y el medio de referencia parten de la premisa de su variabilidad.

¿Para quién y sobre qué ha de pensarse la arquitectura habida cuenta de la inestabilidad de la realidad en la que tiene lugar? ¿Qué idea de arquitectura puede ponerse en práctica si las técnicas y procedimientos de los que dispone son a la par de cambiantes, ineludibles? En suma, ¿desde dónde pensar la arquitectura si ni el pensar, ni la arquitectura se nos muestran hoy aprehensibles? Vista a través de la dialéctica de lo nuevo, la difícil conjunción en la arquitectura de realidad, práctica y teoría se presenta con tintes paradójicos. De ahí que nos resulte llamativa la vehemencia con la que se puede llegar a defender lo nuevo o lo cambiante como una instancia desde la cual orientarse. Asumido el hecho de que la arquitectura es simultáneamente un transformador de la realidad y la realidad misma, ¿cómo puede erigirse lo nuevo desde lo meramente real, esto es, lo inmutable? ¿Cómo puede seguir siendo real lo que aspira a ser otro? Parece que a poco que se profundice, la pregunta por lo nuevo en la arquitectura lleva a una pregunta por el compromiso con lo real.

Un ejemplo de ello puede darse con la ayuda de la primera de las sugerencias que nos convocan: el intento de reformular la arquitectura gracias a la 'hibridación' o, lo que es lo mismo, la idea de transformar la disciplina por mediación de otras. Visto con perspectiva, desde

la concepción ontológica del arte en la Antigüedad, el concepto de disciplina ha sido portador de un momento de universalidad que legitimaba el discurso estético sobre lo particular; o dicho en otros términos, la idea universalizante de 'arquitectura' ha condicionado la idea concreta, individual, de arquitectura. Con la modernidad, y especialmente desde el impulso nominalista del arte radical de vanguardia, la preeminencia de lo individual ha cuestionado desde los fundamentos mismos la existencia de lo universal como entidad. No obstante, junto con este impulso liberador llegó una pregunta a la que aun hoy debemos hacer frente: ¿cómo evitar el riesgo de ser engullidos por la multiplicidad de lo real? Lo individual, desprovisto de un marco de legitimación que lo trascienda, cae en la aleatoriedad o en la absolutización irracional. Y en este sentido, el caso de la arquitectura es especialmente llamativo.

Al intentar salir de la prisión ideológica del 'arte', el movimiento de disolución de lo universal que pretende la 'transversalidad disciplinar' tiene que hacer frente a un nuevo reto. Tal y como defendió Adorno (2004, pp. 242-243), la superación del momento dominador que supone la idea misma de disciplina no puede realizarse desde la disolución desarraigada del concepto de 'arte'. La arquitectura, en tanto que arte particular, puede alcanzar por medio de la transversalidad nuevas cuotas de emancipación siempre y cuando dicho proceso de entrelazamiento brote inmanentemente de la categoría 'arquitectura', constituida históricamente. Así, se ha de combinar el movimiento hacia lo nuevo y la necesidad de preservar lo anterior (bien sea en su sentido de antiguo o de tradición).

En rigor, la lucha contra el encasillamiento de las disciplinas responde a una lógica de mayor escala según la cual lo individual puede -y debe- reivindicarse desde su singularidad sin someterse a leyes externas a sí mismo. Es decir, el proceso de entrelazamiento de las artes que

siguió a las reivindicaciones emancipatorias desde la Ilustración se apoya en el principio básico de autonomía para poder realizarse como singular sin sometimiento a lo general. Si uno de los polos predomina sobre el otro, cae del lado del fascismo (lo general) o del romanticismo pueril (lo individual).

La «refundación» de la arquitectura

La cuestión de la refundación exige en primer lugar hacer frente a la pregunta por la legitimación de la arquitectura y, más concretamente, la determinación de sus fundamentos. En este sentido, el dilema irrumpe de nuevo desde el momento en el que se asume -como parece ineludible- el carácter intrínsecamente social de la arquitectura. ¿Desde qué instancia de legitimación puede la arquitectura refundarse habida cuenta que se debe a la sociedad?

Así las cosas, si la arquitectura pretende refundarse parece obvio que ha de incorporar lo social entre sus fundamentos. Pero, por otra parte, si pretende verdaderamente proponer una alternativa a lo que se da en la actualidad, tiene que poder constituirse de forma autónoma. Luego, la pregunta por la refundación en la arquitectura deviene una pregunta por el conflicto entre su carácter social y su capacidad de autodeterminarse: o bien asumirse como parte indisoluble de la sociedad que le da lugar, corriendo el riesgo de mimetizarse con ella y perder el carácter crítico que toda aproximación moderna exige; o bien, asumirse como autónoma, desprenderse de la sociedad y autolegitimarse.

Ambos polos entrañan altos riesgos para la arquitectura. Si confundirse con la sociedad, es decir, desprenderse de toda instancia a la que recurrir frente a los medios de presión del momento (culturales, económicos, institucionales), vulneraría el principio básico de mejorar

la sociedad a la que sirve, erigirse como autónoma y desde ahí imponer una soberanía estética en «el mundo de la vida» husserliano instauraría un tipo de autoritarismo contrario a su naturaleza social.

Tanto la pregunta por la hibridación como la de lo nuevo en la arquitectura pasan por enfrentarse a las paradojas derivadas de la irrupción de la autonomía en la arquitectura, bien sea desde una perspectiva de emancipación interna de la disciplina, bien sea desde su carácter trascendente en lo social. En la medida en que la arquitectura logre superar su aislamiento desde su autonomía como 'arte particular' -renunciando a apropiarse interesadamente de las técnicas, formas o contenidos de otras artes y, simultáneamente, trascendiendo los límites impuestos por la disciplina- podrá eludir el carácter regresivo de la disolución. Y en la medida en que la arquitectura sea capaz de congeniar su carácter social con la indispensable reivindicación de su autonomía, podrá aspirar a refundarse sin por ello verse en la tesitura de elegir entre la consolidación de lo existente o el aislamiento huero. Parece, pues, que atender a las preguntas que derivan de la propuesta de estas jornadas nos lleva por fuerza a un análisis más detallado del concepto de autonomía en la arquitectura.

La revolución de la autonomía

La autonomía en el arte

La autonomía que el arte obtuvo tras quitarse de encima su función cultural y sus secuelas se nutría de la idea de humanidad, por lo que se tambaleó cuanto menos la sociedad se volvía humana (Adorno, 2004, p. 9).

Son muchos los autores que localizan en el Renacimiento el origen de la autonomía, tanto de la estética como del

arte en su sentido amplio. La superación del dualismo entre la naturaleza como creación divina y el Dios como creador instauro un nuevo orden de entendimiento en el que ya tiene cabida una concepción interna de la creación, en el sentido de reconocerla en cada uno de los creados. Esto es especialmente patente en autores tan relevantes como Giordano Bruno, quien concebía un dios que es interno a su creación, infundiéndole desde su seno su movimiento divino¹. En este giro hacia lo particular, hacia lo individual, se localiza el germen de las revoluciones espirituales en occidente (Müller, 1972) que, junto con la combinación de la fórmula del mecenazgo y la reivindicación del artista como un profesional cualificado que merecía una compensación acorde a su singularidad, consolidó poco a poco una cierta autonomía respecto de lo social en el arte (Warnke, 1993).

Con la industrialización, la ciencia galileana y la irrupción del protestantismo, a lo largo de los siglos XVI y XVII los poderes fácticos que hasta entonces habían detentado la hegemonía tanto espiritual como económica y política sufren una paulatina pero inexorable merma de su sustento justificativo. Hasta entonces, el arte cumplía con la función básica de «representar» a los estamentos sociales elevados y, con arreglo a esta, quedaba fijado su valor social. Esta transformación de las condiciones materiales y espirituales, tan íntimamente relacionadas², da lugar a una nueva clase social que protagonizará la historia de la cultura occidental desde entonces.

1. 'Dios no es una inteligencia externa que pasa por encima de las criaturas para manipularlas; conviene más que sea el principio interno de movimiento, que es su propia naturaleza, su propia apariencia, su propia alma, que tienen cuantas criaturas habitan en su seno' (Cassirer, 1997, p. 41).
2. Son fundamentales a este respecto *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, donde Max Weber vincula el sentido capitalista para los negocios y el racionalismo económico con la piedad protestante; y *Hombre y Mundo en los siglos XVI y XVII* de Wilhelm Dilthey: los reformistas coincidían en negar la capacidad emancipadora de la razón por estar tan corrompida como la naturaleza tras la expulsión del paraíso.

La burguesía es, a este respecto, la clase que revolucionará el mundo asentado en el antiguo régimen y fomentará el cambio de una perspectiva teocéntrica -en la que el orden natural justificaba a la ley divina como única redentora- a una que recuperaba una perspectiva antropocéntrica. El ser humano se (re)descubrió como sujeto racional capaz de orientar por sí mismo a sí mismo: de la conciencia dependiente se pasó a la conciencia autónoma.

Mermada su relación con lo sacralizado, con lo institucionalizado y con lo funcional, el arte como hecho pudo alcanzar una determinación autónoma. De tal forma que acabó por confundirse con lo social naciente. Por una parte, habiendo perdido en la sociedad burguesa su función representativa, pasará a incorporarse a la constelación reivindicativa de esta nueva clase social. Desde entonces, el arte se incorporó al proceso de la Ilustración como instancia crítica en la dislocación entre un estado que detentaba ilegítimamente todo el poder y una naciente sociedad burguesa, aspirante a conquistar influencia tanto social como política. Por otra, y en consecuencia, la exacerbación de la crítica en el seno del arte llevaría a una crítica de la crítica, es decir, a una crítica de la propia Ilustración en la medida en que el arte, alejado de la sociedad, se mimetizó con ella. El arte pasó a ser tanto crítica como espejo de la sociedad.

Pero no será hasta el siglo XVIII cuando la justificación immanente de esta lógica crítico-emancipatoria cobrará cuerpo. Es, en efecto, en la Ilustración cuando el arte se refunda como autónomo, en paralelo al surgimiento de la estética como disciplina. A raíz del giro moderno, ya no se podía mostrar en su inmediatez. La conciencia moderna dejó de poder identificarse con eso otro que antes le pertenecía. Esto es especialmente notable en Kant, donde la reflexión dejó de tener limitaciones y pudo desde entonces penetrar allá donde se lo propusiera. Con el precio, eso sí, de ver cómo lo que antes

simplemente era, deja de ser al saberse³. La racionalización llegó a cambio del extrañamiento: lo que antes se entendía en su inmediatez como propio, lo que en esencia pertenecía a lo humano o no era, pasó a ser cuestionado de raíz y requirió de justificación. El arte, desprendido de su ley natural, ve amenazada su existencia -hasta el punto de poder acabar disuelto, tal y como propuso Hegel- y pende, en definitiva, de aquello que arroja sobre él el recién adquirido estatus autónomo. ¿Ha de ser útil el arte? ¿Ha de proporcionar sentido, ser vía de acceso a algún tipo de conocimiento? ¿Qué consecuencias tendría esa pérdida de autonomía?

La autonomía en la arquitectura.
¿Sólo una paradoja?

como la arquitectura no es sólo autónoma, sino que al mismo tiempo es funcional, no puede negar simplemente a los seres humanos tal como son, aunque tiene que hacer esto en tanto que autónoma (Adorno, 2004, p.342).

Al igual que en el caso del arte en general, el surgimiento de la arquitectura como práctica individual consciente de sí misma es inseparable del ascenso de la clase burguesa en la segunda mitad del siglo XV. Como apuntó certeramente Giulio Carlo Argan, es este el momento del imparable ascenso de las 'artes liberales' que, al imponerse sobre las *mechanicae*, elevan al arquitecto a la figura de artista individual (en su sentido de profesional) sobre los *maestri* o artesanos de la construcción (Argan, 1964). Desde entonces, la arquitectura se debate entre la autodeterminación como 'arte liberal' y lo que en la fenomenología husserliana vino a llamarse 'el

3. 'Kant unió la tesis de su incesante y fatigoso progreso hasta el infinito con la insistencia permanente sobre su insuficiencia y eterna limitación. La respuesta que él ofreció es el veredicto de un oráculo. No hay ser en el mundo que no pueda ser penetrado por la ciencia, pero lo que puede ser penetrado por la ciencia no es un ser' (Horkheimer y Adorno, 2006, pp. 79-80).

mundo de la vida'. Esta doble condición de la arquitectura es simultáneamente freno y acicate para la autonomía de este arte.

La situación a la que ha por fuerza de enfrentarse la arquitectura desde la consolidación del discurso autónomo en la cultura occidental es: o bien asumirse como parte indisoluble de la sociedad que le da lugar, corriendo el riesgo de mimetizarse con ella y perder, así, el carácter crítico que toda aproximación moderna exige; o bien, asumirse como autónoma, desprenderse de la sociedad y autolegitimarse. Ambos polos entrañan altos riesgos para la arquitectura. Si confundirse con la sociedad, es decir, desprenderse de toda instancia a la que recurrir frente a los medios de presión del momento (culturales, económicos, institucionales) vulneraría el principio básico de mejorar la sociedad a la que sirve, erigirse como autónoma y desde ahí imponer una soberanía estética en 'el mundo de la vida' instauraría un tipo de autoritarismo contrario a su naturaleza social. Es sintomático a este respecto que en momentos en los que se optó por una absolutización de lo estético –como a lo largo de los eclecticismos decimonónicos– la arquitectura cayese en una suerte de aleatoriedad. O como Christopher Wood (2002, p. 49) denuncia: '[a]rchitectural self-rule would be misrule'.

No cabe duda que el movimiento de emancipación en el que la autonomía juega un papel protagonista trae consigo preguntas de muy difícil respuesta. Con la *Crítica del juicio*, Kant instaura un nuevo tiempo para la arquitectura y su autonomía. Nunca antes se había formulado sistemáticamente la necesidad de instaurar la autonomía en el arte y nunca antes se puso de manifiesto con toda su rotundidad la paradoja que ello entrañaba para el arte en general, y muy especialmente para la arquitectura. Desprendida de su *raison d'être*, la arquitectura, desorientada, adoptó fugazmente el precepto de la autonomía –como es el caso de la 'arquitectura

revolucionaria' de Ledoux y su esfuerzo por legitimar un lenguaje propio-. Desde entonces, la arquitectura se inclinó hacia una u otra dirección en un desesperado esfuerzo por legitimarse, dando lugar a una aun hoy irresuelta polémica.

De hecho, ciertos pensadores atribuyeron a la autonomía la autoría del estrepitoso fracaso de la modernidad arquitectónica. Es este el caso de Hans Sedlmayr quien compartió con Emil Kaufmann -un celeberrimo defensor de la autonomía en la arquitectura- una discusión tremendamente ilustrativa. Haciéndose eco del conocido texto *De Ledoux a Le Corbusier: origen y desarrollo de la arquitectura autónoma* de su compatriota, Sedlmayr localiza precisamente en la arquitectura visionaria de la Revolución Francesa la matriz de la falta de arraigo y autenticidad de la arquitectura moderna. La arquitectura autónoma habría alcanzado su estatus en Loos o Le Corbusier a costa de perder su sentido de la responsabilidad con la cultura y la sociedad y reducirse a un vacío juego formal de ideales geométricos (Sedlmayr, 1959). Lo que para Kaufmann era la única salida hacia una nueva y mejor sociedad, para Sedlmayr era precisamente fuente del movimiento solipsista y auto-referente que alejó a la arquitectura de una concepción del hombre estable y concreta, que por ende debía representar.

Parecería, a tenor de lo expuesto, que ambos hablan un mismo lenguaje, aunque irreconciliable. Tanto en Sedlmayr como en Kaufmann persiste un modelo soberanista de la arquitectura a través del cual se pueda presentar un ideal de humanidad y dé pie a un agudo sentido crítico. Algo indudablemente moderno. Disienten, no obstante, en algo fundamental: la instancia legitimadora: si el primero plantea un modelo basado en la autenticidad, el segundo propone uno basado en la autodeterminación. Y si este ejemplo es pertinente en esta discusión es precisamente por ser ilustrativo de la situación actual. La paradoja según la cual en la

arquitectura se puede alcanzar el compromiso moderno tanto del lado de la modernidad como del contrario quedó desde entonces vigente. Algo que, por otra parte, en épocas más recientes se ha acentuado.

Epílogo

Precisamente por pertenecer a este movimiento sustancialmente moderno, en las consciencias, la sociedad, los estados, las condiciones materiales..., la autonomía detenta en sí misma la paradoja propia de lo moderno: con la fundación de conceptos, posibilidades, promesas, llega la amenaza de su pérdida. Junto con la idea de una arquitectura autónoma no solo irrumpe la posibilidad de una lucha por la emancipación y la libertad, sino también la posibilidad de su total disolución por no encontrar ya cómo hacerse social. Desprendida de su función social en tanto que autónoma, la arquitectura se alimenta de una idea de humanidad libre, al tiempo que, por su propia autonomía, le ha de negar el acceso a la sociedad a ese reducto de humanidad. O como diría Adorno (2004, p. 342), en tanto que autónoma, la arquitectura ha de negar a la sociedad por el bien de una promesa de sociedad diferente a la actual. Pero, en tanto que arte intrínsecamente heterónomo, ha de servir a la sociedad y confundirse con ella para evitar su aislamiento e insustancialidad.

De igual manera, se encuentra en las cuestiones de la hibridación y de la refundación en la arquitectura el rastro de su paradójica condición. En tanto que movimientos de emancipación (de la disciplina y de lo real, respectivamente), son deudores de la irrupción de la autonomía en la modernidad y, en tanto que tales, exigen de la arquitectura la posibilidad de auto-determinarse. El carácter de arte particular o su necesaria naturaleza propositiva dependen de ello. Pero, al tiempo, no puede desprenderse la arquitectura del marco histórico-real

que la constituye, de lo contrario correría el riesgo de realizarse inocuamente al margen de las condiciones socioeconómicas de las que pretende emanciparse. Tal y como advirtió Adorno (2008), la arquitectura en tanto que arte ha de negar a la sociedad tal y como es, pero en tanto que arte «aplicada» no puede simplemente imponer la necesidad objetiva sobre la subjetiva o se convertiría en una opresión brutal. Si la arquitectura quiere ser crítica y formular una alternativa que no caiga en el aislamiento tiene que afrontar el carácter dual del arte desde su condición funcional. Es decir, los retos a los que alude esta jornada solo pueden abordarse desde la problemática relación de la arquitectura con el concepto de autonomía en el arte. Problemática hasta el punto de orientarse hacia su irresolubilidad. Una imposibilidad que condenaría a la arquitectura a mediar sin síntesis entre los polos que moviliza la modernidad arquitectónica. Así, la pregunta por la hibridación supondría una dialéctica entre el arte y las artes y la pregunta por la refundación entre lo nuevo y la tradición. En un sentido adorniano, en la medida en que la arquitectura sea capaz de mantener estos polos alejados, es decir, en la medida en que renuncie a toda síntesis unificadora, podrá eludir el momento de barbarie que arrastra la modernidad sin por ello renunciar a la modernidad. Así, la pregunta por la hibridación o la refundación en la arquitectura deviene una pregunta por la posibilidad de la modernidad en la arquitectura.

Referencias

- ADORNO, Th.W., 2004. *Teoría estética*. Obra completa no 7, ed. Rolf Tiedemann, trad. Jorge Navarro Pérez. Madrid: Akal.
- ADORNO, Th.W., 2008. Funcionalismo hoy. *Crítica de la cultura y la sociedad I*. Obra completa no 10/1, ed. Rolf Tiedemann. Madrid: Akal, pp. 329-345.
- ARGAN, G.C., 1964. *Salvezza e caduta nell'arte moderna*, Milán: Il Saggiatore, 1964.
- CASSIRER, E., 1997. *Filosofía de la Ilustración*. México: Fondo de Cultura Económica.

- HEYEN, H., 1999. *ARCHITECTURE AND MODERNITY: A CRITIQUE*. Cambridge: MIT Press.
- HORKHEIMER, M. y ADORNO, Th.W., 2006. *Dialéctica de la Ilustración*. Trad. Juan José Sánchez, Madrid: Trotta.
- KANT, I., 2007. *Crítica del Juicio*. Ed. Juan José García Norro y Rogelio Rovira, trad. Manuel García Morente, Madrid: Tecnos.
- KAUFMANN, E., 1982. *DE LEDOUX A LE CORBUSIER: ORIGEN Y DESARROLLO DE LA ARQUITECTURA AUTÓNOMA*. Barcelona: Gustavo Gili.
- MÜLLER, M. (ed.), 1972. *Autonomie der Kunst*. Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
- SEDL MAYR, H., 1959. *El arte descentrado : Las artes plásticas de los siglos XIX y XX como sintoma y símbolo de la época*. Barcelona: Labor.
- WARNKE, M., 1993. *The Court Artist: On the Ancestry of the Modern Artist*, Cambridge: Cambridge UP.
- WOOD, Ch., 2002. *Why Autonomy? Perspecta: Mining Autonomy*, no 33, Cambridge: MIT Press.